

# CONTRARREVOLUCION EN

«Chile está viviendo horas que pueden situarnos al borde de la guerra civil», dijo el Presidente Allende el martes 17: fue el momento más dramático de una crisis que había comenzado con una huelga de propietarios de camiones: reclamaban un aumento de tarifas que no les fue concedido, pero también se alzaban contra los proyectos del Gobierno de crear una empresa estatal de transportes en la provincia de Auyen, que, según la Confederación de Propietarios de Camiones, no era más que un primer paso para una nacionalización definitiva de todos los medios de transporte. Esta huelga se extendió prontamente a otros sectores muy determinados: los propietarios de pequeños y medios comercios cerraron sus puertas. Apareció la agitación en la Universidad, preparada por Poder Joven (el movimiento fascista de Bruno von Ehem-

berg) y por Patria y Libertad, de Pablo H. Rodríguez. Los médicos se declararon en huelga... Esto es, los elementos clásicos de lo que se llama, en términos habituales, «la contrarrevolución».

Aun llamando revolución al movimiento reformista avanzado que realiza el Gobierno de Unidad Popular de Salvador Allende, esta revolución ha dejado las fuerzas de la clase media con suficiente poder como para poner al país en un momento al borde del colapso. Sin transportes, sin comercios, la situación de abastecimientos se hizo enormemente grave. Los movimientos fascistas colaboraron inmediatamente con la acción directa: una bomba en el Centro Kennedy —comunicaciones—, un tramo de vía férrea volado para impedir las llegadas de abastecimientos por tren, las agresiones directas a los comerciantes que abrían sus tiendas

y a los camioneros que no acataban la orden de huelga. La revolución de Allende había dejado también instrumentos de libertad de expresión. La revista «Sepa» comentó los acontecimientos bajo un titular que decía así: «La tragedia de un país en manos de un tiranuelo borracho». Está en su lenguaje habitual, como en el de otros periódicos extremistas de la oposición de derechas, «Pec», el diario «La Tribuna»: «Un Gobierno de incapaces para un país de cobardes», «Con Allende estamos entre la espada y el paredón»; «Con la Unidad Popular carecemos de todo, salvo de idioteces» (titulares citados por Catherine Lamour en «Allende: la nueva sociedad chilena»). Esta vez, «Sepa» ha visto secuestrado su número: inmediatamente se ha protestado contra el ataque del Gobierno a la libertad de prensa. Protesta que ha arrecia-

do con la supresión de programas hablados en las emisoras de radio: el Gobierno sostenía que desde ellas, los miembros de la oposición estaban haciendo llamamientos directos a la subversión.

## El papel de la democracia cristiana

La democracia cristiana de Eduardo Frei se había sumado al movimiento general de huelga contrarrevolucionaria. Después de la alocución de Allende advirtiendo de que el país está al filo de la guerra civil, del establecimiento de la ley marcial en por lo menos dieciocho de las veinticinco provincias del país, del establecimiento del toque de queda en la capital, la democracia cristiana se ha retraído y ha recomendado el regreso al trabajo.

Un estudiante es sacado del Juzgado tras la reacción producida cuando la Policía intentó detener al líder de los pequeños comerciantes, Rafael Cumsille. En la fotografía de la página contigua, una manifestación de apoyo popular al Gobierno tras la nacionalización de la compañía minera Kennecott





# CHILE

Sus razones: evitar la tragedia al país, evitar el derramamiento de sangre y la agudización del odio. A partir de ese momento, la situación tensa ha cedido: los comercios han comenzado a abrir sus puertas, los propietarios de camiones han vuelto a hacer circular sus vehículos por la carretera. ¿Por obediencia a la consigna de la democracia cristiana, o por miedo a las medidas de represión del Gobierno? La duda la beneficia en esa ocasión. La democracia cristiana puede aparecer ante la opinión pública como la verdadera moderadora de la situación, como el partido que puede acallar a la extrema derecha en un momento determinado. Pero también puede presentarse ante Allende como la única organización capaz de sujetar el país.

Desde hace tiempo, la democracia cristiana realiza un juego muy político y muy difícil: el de tratar que Allende y los partidos más moderados de la coalición gubernamental cambien de alianzas: que abandone las fuerzas de la izquierda, que reduzca a los revolucionarios del MIR y que forme, con ella, un Gobierno de amplio espectro nacional que podría ser un centro-izquierda. Seguiría así el ejemplo de uno de sus partidos más admirados: el de la democracia cristiana de Italia.

La evolución de la democracia cristiana de Chile es muy fluctuante. Apareció en sus cuatro años de gobierno (1966-1970) como dueña de lo que llamó la «tercera vía», de la «revolución en libertad», como eran sus principales consignas (Castro se burló de ellas: «Ha prometido revolución sin sangre y ha dado sangre sin revolución»). Eduardo Frei había conseguido aupar a unas derechas moderadas, a otras menos moderadas, pero que tenían una revolución comunista, a las izquierdas no revolucionarias y a las pesimistas que tenían que una solución más radical del problema chileno fuese inmediatamente ahogada por los Estados Unidos. Cuatro años más tarde de su triunfo electoral, en las elecciones siguientes, la candidatura de Tomić —heredero de Frei—, de la democracia cristiana, quedaba en el último lugar de las tres grandes coaliciones (Allende, con Unidad Popular, 36,3 por 100; Alessandri, con la coalición de conservadores y liberales, 34,9 por 100; Radomiro Tomić, 27,8 por 100). Esta repartición electoral dejaba al partido en la posibilidad de presentarse como árbitro. Es el papel que ha jugado en la huelga actual, de una manera muy activa: poniéndose delante de ella



visiblemente cuando ya estaba en marcha, retirándola cuando la situación se hacía difícil.

Tiene en estos momentos otra arma en sus manos: El Partido Nacional (extrema derecha) decidió el viernes 29 presentar en el Parlamento una moción de anticonstitucionalidad contra el Presidente Allende. El Partido Nacional tiene escasas o ninguna posibilidad de sacarla adelante por sí mismo, o con los votos de la derecha clásica:

si la democracia cristiana se suma a ella, prosperará (a menos que Allende encuentre manera de obstruirla), pero si la rechaza, no será ni siquiera presentable.

Esta es la situación que trata de monetizar en estos momentos, pero con la vista puesta más allá. Hay elecciones parlamentarias en marzo. Y habrá elecciones presidenciales en 1976, si Allende consigue mantenerse hasta entonces. La democracia cristiana trabaja con esos

objetivos electorales, bien en las fechas previstas, bien favoreciendo las situaciones que pidieran adelantarse sin que ella pierda el control de la situación. La forma más posibilista sería la de insertarse en la coalición gubernamental tras la evicción de la extrema izquierda.

## Un marxista civil

No parece muy posible. Allende está gobernando muy lealmente con arreglo a su pacto de Unidad Popular. Es un político de gran talla y de gran firmeza, en un país donde la clase política es de considerable finura. Allende pertenece a ella. La imagen del burgués bien vestido, bien entonado, buen conocedor de la gastronomía, de las artes o de la música, no es una contrafigura deliberada del revolucionario barbudo de camisa abierta, sino una auténtica manera de ser. Es un marxista civil. Un gobernante considerablemente decidido a gobernar dentro de la legalidad, sin quitarle armas a la oposición y sometiéndose a los dictados electorales que le llevaron al poder. Quizá más que una convicción propia es una línea de defensa, y casi un desafío. Allende repite continuamente que hay que dejar a la derecha la responsabilidad de salirse de la legalidad o de acudir a la violencia, si es que se decide a hacerlo. No suele ser una responsabilidad demasiado pesada para la derecha, pero siempre a cambio de que tenga posibilidades de triunfar. De todas formas, la derecha acusa siempre a Allende de salirse de la legalidad, y la actual moción de inconstitucionalidad del Presidente es una prueba de ello.

No parece necesario insistir mucho en las contradicciones que encierra una postura como la de Allende y los seis partidos que se apoyan en esta aventura: se han explicado numerosas veces. No tiene precedentes. En primer lugar, no es un marxismo clásico. No hay «dictadura del proletariado». Está claro que con una dictadura del proletariado no habría sucedido la huelga burguesa de la semana pasada, que puso al país en trance grave. Los partidos políticos de la oposición existen, y existen hasta los grupos fascistas, de los que antes hemos hablado: incluso algún movimiento de este orden se ha creado y formado precisamente después de la elección y la Presidencia de Allende, como una segregación de la derecha tradicional.

La prensa utiliza su libertad en la forma que también ha quedado



# CHILE

citada. Precisamente en estos días agitados se ha reunido en Chile el SIP (Sociedad Internacional de Prensa, manejada por Estados Unidos); el semanario gubernamental «Mayoría» comenta la reunión explicando que la gran prensa de América Latina está controlada por ella: «En diarios, revistas y periódicos de esa "gran prensa", el grueso de las noticias y comentarios son abastecidos por la Associated Press (AP) y United Press (UPI), también norteamericanas. La AP alimenta a 4.500 publicaciones y emisoras de radio y televisión en más de cien países, y la UPI a más de 2.000 suscriptores de ochenta y cinco países. Esto significa que la mayor parte de los 300 millones de latinoamericanos oímos, vemos y leemos lo que los grandes monopolios informativos de los Estados Unidos quieren que oigamos, veamos y leamos. No hay escapatoria». Una de las versiones que circulan más estos días entre los medios gubernamentales de Chile es que el movimiento de huelga y paralización del país se ha hecho coincidir precisamente con la reunión de la SIP para conseguir de esta forma la máxima audiencia mundial. No ha fallado, efectivamente, como se habrá podido comprobar. Otra versión es la de que no es puramente casual la coincidencia de estos hechos con el caso del cobre, el de la Kennecott.

Como se sabe, la compañía norteamericana Kennecott consiguió en París, acudiendo a los Tribunales, que Francia decretara el embargo preventivo de los embarques de cobre hechos por el Gobierno chileno: la Kennecott consideraba que el cobre es suyo y las nacionalizaciones ilegales. Cualquier observador medio habrá podido comprobar que esta noticia ha sido enormemente destacada en la prensa internacional, en tanto que la decisión del Tribunal Internacional de La Haya dando la razón a Chile y levantando el embargo, y el apoyo a la nacionalización dado por varios países latinoamericanos en el seno de la OEA, han sido noticias generalmente omitidas o reducidas a proporciones diminutas. Hace poco tiempo se publicó en Chile el archivo secreto de la Braden Copper Company (que es el nombre de la Kennecott en Chile), en el que aparecen datos de las subvenciones y regalos a periodistas y políticos de la derecha, como hace poco también aparecieron en Washington los documentos de la International Telegraph and Telephone (publicados por Jack Anderson) sobre posibles actividades de esa compañía en gastos para la subversión en Chile.

Si Allende no ha instalado un marxismo de dictadura del proletariado y no ha cambiado la legalidad, tampoco ha seguido la vía de los socialistas europeos, del tipo laborista inglés o socialdemócrata alemán, de respetar las estructuras

capitalistas hasta el máximo (es decir, convirtiendo Gobiernos socialistas en Gobiernos capitalistas). El subdesarrollo de Chile, los latifundios agrarios, las propiedades de materias primas en manos extranjeras, la existencia de grandes separaciones de clases sociales, la urgencia revolucionaria del contexto hispanoamericano, no permitían ese lujo. Frei quiso permitirlo (aunque en sus programas, y en los posteriores de Tomic, hablaban de la necesidad de extirpar el capitalismo), y no pudo resistirlo: se le fue la mayoría de las manos. Por lo tanto, el problema de Allende está en implantar un socialismo aún no muy bien definido (¿socialismo de gestión?, ¿capitalismo de Estado?, ¿cooperativismo?) por las vías que le dejan libres las estructuras legales creadas por el tipo de regímenes anteriores, o modificándolas por las vías constitucionales. La modificación constitucional, la nueva Constitución propuesta por Allende —y, naturalmente, obstruida— no es excesivamente revolucionaria.

## La Constitución de Allende

El preámbulo constitucional modifica el texto anterior, que hacía residir la soberanía «en la nación, la cual delega su ejercicio en las autoridades que esta Constitución establece», para mantener que «todo el poder reside en el pueblo, el que lo ejerce participando en las formas de autogobierno popular que la Constitución establece, o delegando su ejercicio en las autoridades que ella determine». Amplía el derecho a sufragio a todos los ciudadanos mayores de dieciocho años, sin la exclusión anterior de los analfabetos. Mantiene los partidos políticos siempre que su actividad se encuadre en el sistema democrático y republicano y les garantiza los medios de comunicación; reafirma el pluralismo y el derecho a federarse. Aparecen en la Constitución de Allende como nuevos derechos, el de fundar hogar y familia, el de la educación de los hijos por los padres, la igualdad del hombre y la mujer en la familia, el trabajo y la vida social, la protección preferente del Estado a la infancia y a la mujer embarazada; el derecho de todos a contar con lo necesario para subsistir alimentación, vivienda y vestido. Se citan los derechos de todos a participar en la vida cultural y al perfeccionamiento físico por medio de los deportes. El trabajo aparece como un deber: «No se pueden reclamar beneficios sociales si no se rinde de acuerdo a las posibilidades corporales e intelectuales...». La remuneración de trabajo se hará eliminando las diferencias entre sexos y edades (a cada uno, su rendimiento) y se establece que «el



El Presidente Allende con los obreros. Después de la nacionalización de la Kenecott recurrió a los Tribunales y consiguió que, en París, Francia dec

derecho al trabajo está garantizado por la propiedad social de los medios de producción, por la existencia del área mixta de la economía y de la propiedad cooperativa, por la planificación del proceso productivo en el sector privado, por el aumento de la productividad, por el desarrollo científico-tecnológico, por la permanente formación y especialización de los trabajadores, y por las nuevas normas del Derecho de Trabajo». Este párrafo ofrece algunas indicaciones de la «vía chilena» de socialismo, aunque lo suficientemente amplias como para no poder deducir de ellas cuál va a ser la práctica. Se habla más adelante de la participación de los trabajadores en la conducción de las fábricas, y se establece el derecho a sindicarse eligiendo los representantes de forma secreta y directa, manteniendo su independencia del Gobierno, pero dentro de una Central Única, que es «la organización de clase de los trabajadores de Chile». La seguridad social se basa en prestaciones «con arreglo a la necesidad», y no con arreglo a los aportes personales que haya hecho el trabajador en el curso de su vida laboral. La enseñanza se hace gratuita y libre. Se eliminan las discriminaciones para la madre soltera y se exige la responsabilidad del padre: «el que procrea un hijo, deberá asumir la responsabilidad paterna». Se mantiene la propiedad

privada de la pequeña empresa industrial, pesquera, minera y comercial, y la agraria en predios inferiores a cuarenta hectáreas y que estén bien cultivados. La economía se centrará en tres áreas: social, formada por las empresas básicas o vitales, cuya propiedad pertenece a la sociedad en su conjunto; mixta, en las que una parte será del Estado, y privada, que son todas las demás. Se habla de una modificación del sistema tributario en un sentido progresivo: más elevado para los que hayan acumulado mayores riquezas, menor para los menores ingresos. Incorpora la Constitución los Derechos Humanos de la ONU, mediante la garantía de pluralismo social, político y cultural, y la seguridad a las minorías étnicas de que desarrollen su cultura y su lengua, pero determina que estos derechos deberán estar subordinados a la relación con la comunidad. En la vía de organización administrativa, mantiene el Tribunal Constitucional y amplía sus funciones, y considera independiente en todos sus puntos el poder judicial, dirigido por la Corte Suprema, que será nombrada por la Cámara de Diputados sobre una terna propuesta por el Presidente de la República; sus magistrados durarán diez años y se jubilarán a los sesenta y cinco (ahora, la Corte Suprema se elige por los propios magistrados en ejercicio y sus cargos





CATHERINE LAMOUR

# LA NUEVA SOCIEDAD

Publicamos a continuación el primer capítulo del libro de Catherine Lamour «Allende: La nueva sociedad chilena» (Editorial Dopesa, que corresponde al tema «La opción chilena: La revolución en la legalidad».

Cuando Salvador Allende acudió a recibir a su amigo Fidel Castro al aeropuerto de Pudahuel, el 10 de noviembre de 1971, hacia justamente un año y seis días que había sido elegido Presidente de Chile y que era el segundo jefe de Gobierno socialista de América del Sur. Los dos personajes más discutidos del continente se habían encontrado ya en 1959, en Cuba, unos días después de la toma del poder por los guerrilleros de Sierra Maestra. Salvador Allende «buscaba la revolución», y no encontró una huella suficientemente llamativa de ella en las calles, demasiado tranquilas para su gusto, de La Habana. Dos noches de charla con «Che» Guevara y Fidel fueron suficientes para aplacar sus dudas. Allende confiesa haber quedado muy impresionado por esta «catarata humana que es Castro y por su inteligencia desbordante». Conserva cuidadosamente la fotografía de esta primera entrevista y, en un cajón de su mesa de trabajo, un libro del «Che»: «La guerra de guerrillas», dedicada por el autor: A. Salvador Allende, que intenta obtener la misma cosa con otros medios. Amistosamente. Fidel conserva sujeto a su muñeca el cronómetro que le regaló su visitante. Hoy, es él que viene a ver en qué consiste «la vía chilena» hacia el socialismo.

Castro y Allende. Dos marxistas y un mismo objetivo. No obstante, al primer golpe de vista se puede medir la distancia que separa dos hombres y dos estrategias: Allende, discreto traje oscuro y corbata, se mantiene un poco más estricto, un poco más digno quizá que lo que requieren las circunstancias, al lado del bullicioso Castro, vestido con su eterno traje de campaña de color verde oliva y calzado con botas militares. Una masa de gente entusiasta se estruja a lo largo de los

veinte kilómetros que separan el aeropuerto de la capital y agita miles de banderas rojas. Entre las pancartas desplegadas, Fidel Castro puede leer una que le está especialmente destinada: «Cuba, ya no estás sola».

Es cierto. Desde el 4 de septiembre de 1970, Cuba no está sola en Iberoamérica; incluso si la experiencia que vive Chile desde esa fecha es profundamente diferente a la aventura cubana. No ha sido un pueblo en armas el que ha llevado a Salvador Allende al poder. Han sido los votos. El primer Presidente marxista de Chile ha sido elegido dentro del respeto de las reglas constitucionales, de las que las Fuerzas Armadas regulares están encargadas por la ley de garantizar. No se ha tratado, para los chilenos, de derribar un régimen dictatorial, sino de vencer los límites de una democracia liberal.

El «líder máximo» cubano y el «compañero Presidente» chileno estaban enfrentados a problemas muy diferentes. Fidel ha heredado uno de los países más subdesarrollados del mundo, que vivía aún bajo un régimen colonial. El Chile de 1970 aparecía, por el contrario, como una nación industrial y capitalista, dotada de uno de los sistemas políticos más avanzados de América del Sur. Sin ser un país rico, su renta «per cápita», de unos seiscientos dólares, le situaba netamente por encima de sus vecinos brasileños, peruanos y bolivianos. Quizá se podría encontrar una similitud entre los dos países: su aislamiento. Separado del resto del continente, al Norte por los 200.000 kilómetros cuadrados de uno de los desiertos más desérticos del planeta, al Oeste por una cordillera cuyas cimas son las más altas del mundo después del Himalaya, al Sur por las inmensidades heladas del Polo y al

Scott, que en Chile llevaba el nombre de Braden Copper Company, la compañía para el embargo preventivo de los embarques de cobre chileno.

son vitalicios). Una innovación importante: la creación de «Tribunales vecinales» en los distritos, para «preocuparse de hechos que alteran la pacífica convivencia social», que serán «elegidos por la comunidad». En el proyecto figuran dos sistemas parlamentarios para optar: o bien la Cámara única, o bien el actual sistema bicameral, que sería dividido en la Cámara de Diputados (elección secreta y directa de uno por cada setenta mil habitantes) y una Cámara de Trabajadores (transformación del Senado actual), elegidos solamente por los asalariados (votación directa y secreta). En cualquiera de los dos sistemas se celebrarán elecciones cada seis años, al mismo tiempo que las de Presidente de la República, el cual tendrá derecho una sola vez durante su mandato de disolver el Congreso y convocar elecciones nuevas.

Este largo extracto aparece aquí para indicar cuál es la vía que el Presidente Allende se propone emplear para resolver las contradicciones que antes, y muchas veces, se han indicado. Sus adversarios dicen que el texto es lo suficientemente amplio como para permitir la arbitrariedad del poder (como ocurre, generalmente, con todas las Constituciones), pero algunos de los partidos que forman parte del poder actual lo encuentran excesivamente abierto y consideran que

la revolución que pretende no será viable. Este último grupo es también un peligro para Allende. Es el de los que creen que es preciso avanzar más profundamente y más de prisa, que hay que desposeer a la reacción de todas sus armas, y que de otra forma se apoderará del poder antes de que la Constitución haya podido dar algún fruto.

Es la sombra del golpe de Estado. Está siempre presente. Se ve venir por parte de los militares, del grupo de Viaux o de algunos otros ocultos; pero la realidad es que hasta ahora el Ejército respalda al poder constituido, como parece ser la tradición chilena. Se habla del «golpe de Estado civil», cuyo ensayo general podía haber sido este movimiento de la semana pasada, a punto de convertirse en contrarrevolución activa y asalto al poder. Se calcula que la acción parlamentaria puede, también, derribar a Allende. O que la deterioración en las fuerzas de la Unidad Popular puede producirse en un plazo próximo. Todas estas amenazas, una a una o todas reunidas, son muy reales. Como la de la guerra civil, que Allende ha evocado ahora, y no es la primera vez que lo hace. Si bien esta advertencia forma parte de su defensa política —tratar de contener a sus adversarios antes de que se produzca una tragedia—, es también una realidad con la que hay que contar. ■ E. H. T.



# CHILE

Este por el océano Pacífico, vacío o casi hasta la Polinesia, Chile puede ser comparado a una isla, aunque no corresponda a la estricta definición del término. Con nueve millones y medio de habitantes, Chile no está más poblada que Cuba, que sólo cuenta con ocho millones. Pero la población cubana está concentrada en un espacio cinco veces menos grande que Francia. La de Chile está dispersada a lo largo de una estrecha franja de tierra de 4.270 kilómetros de largo, que se divide hacia los dos tercios del recorrido en miles de islas y fiordos, para desaparecer definitivamente en el mar 1.400 kilómetros más abajo, dejando un testigo solitario: el cabo de Hornos, una pequeña roca negra batida por las tempestades, pesadilla de los navegantes. Se dice que Chile posee una geografía «loca». Se alarga como una cinta a lo largo de la Cordillera, cubriendo treinta y ocho paralelos, desde Arica a Tierra de Fuego, y sesenta y dos paralelos si se cuenta su territorio antártico. Es el equivalente a la distancia que separa Amsterdam de Dakar y Kantchatka de Nueva Guinea. A la altura de Illapel, al Norte de Santiago, se podría descender desde las cumbres andinas de cuatro mil metros de altura a menos de tres mil metros bajo el mar, franqueando apenas unos cien kilómetros.

## «Por la primera vez en la Historia»

Pese a las condiciones diferentes en las que debe desarrollar su acción, Salvador Allende persigue el mismo objetivo que su amigo Castro: quiere, también él, llevar a su país hacia el camino del socialismo. Pero se niega a imponerle «formas de gobierno autoritarias», y espera, en la medida de lo posible, evitarle la violencia.

«Por la razón o por la fuerza», dice el lema del escudo nacional de Chile. No se debe recurrir a la fuerza más que para suplir los fallos de la razón. El Jefe del Estado chileno no excluye evidentemente la eventualidad de un enfrentamiento armado con el imperialismo o la oligarquía de su país. Pero —estima— la Unidad Popular, coalición de seis partidos marxistas y no marxistas que le han llevado al poder, no debe provocar ese conflicto. Si hay violencia, será la derecha la que asuma la responsabilidad, puesto que ella habrá tomado la iniciativa.

Elegido por la voluntad del pueblo, libremente manifestada, Salvador Allende espera respetar el

sistema legal que ha heredado y del que se ha beneficiado. El 1 de mayo de 1971 explicó la originalidad de la experiencia chilena a varias decenas de miles de trabajadores concentrados en la plaza Bulnes, frente al Palacio de la Moneda:

«Quisiera —dijo— que los chilenos mediten profundamente este hecho histórico: por primera vez, un pueblo se ha apoderado del Gobierno utilizando las vías legales. Se dispone a cambiar la sociedad, a efectuar profundas transformaciones económicas y sociales; en una palabra, a abrir la vía al socialismo, todo ello dentro del respeto de las leyes de una democracia burguesa. Por primera vez en la Historia, un pueblo ha buscado voluntariamente un camino que conduce a la revolución, limitando al máximo el coste social de esta mutación; es decir, evitando sacrificar vidas y desorganizar la producción».

Este 1 de mayo es también la primera vez, desde hace muchos años, que el Jefe del Estado preside las ceremonias de la Fiesta del Trabajo. Reina, sin embargo, un silencio extraño en esta masa, más incrédula que recogida. Algunos tímidos clamores. Pero en conjunto es más bien la respiración contenida de la espera, la calma que precede a las tempestades... Tienen grabadas en sus memorias tantas promesas no mantenidas estos trabajadores chilenos de mirada febril de inquietud y miseria... Sus rostros cansados están tensos por la atención y la esperanza. Escuchan a su Presidente, «El Chicho», como le llaman entre ellos, según la costumbre popular que establece que a cada nombre corresponda un diminutivo.

Aplauden un poco, pero, en el fondo, dudan. El chileno medio acusa a su hermano de raza y a menudo sus antepasados, el indio mapuche, de ser flojo, negándose a tener en cuenta la odiosa opresión de que fueron víctimas los descendientes de los araucanos. Igualmente, el europeo o el «yankee» califica al chileno de «apático» o de «pasivo». Pero, ¿cómo un pueblo traicionado por los conquistadores y por los héroes de la Independencia, por el Frente Popular y por la «revolución en la libertad» de los demócrata-cristianos, no desconfiaría de las buenas palabras que oye hoy?

La memoria popular se acuerda de que todas las etapas reformistas de la historia chilena han sido sucedidas por periodos de reacción y dictadura. Lo mismo que el pueblo chileno está allí, este 1 de mayo, silencioso y ten-

so, dispuesto a saltar, el soldado espera la señal de ataque.

## «Tenemos el Gobierno, no el poder»

La gran batalla queda aún por librar. Salvador Allende acaba de reconocerlo al afirmar en su alocución:

«Si el pueblo se ha apoderado del Gobierno, le queda aún por conquistar el poder. Una parte del Estado está en manos de los trabajadores por medio de los partidos populares y de la Central Única de Trabajadores, que cuenta con un millón de afiliados. Pe-

ro no controlamos ni el Parlamento, donde no disponemos de la mayoría, ni el poder judicial».

El Jefe del Estado chileno, que conoce, sin embargo, al dedillo a sus autores marxistas, podría añadir —pero no lo hace— que dos sectores, sin embargo, considerados por Lenin como fundamentales para poseer el dominio del poder del Estado, escapan también al control de la Unidad Popular: la Administración y el aparato represivo; es decir, las Fuerzas Armadas chilenas.

Limitada en su soberanía, obligada a respetar el marco legal apremiante, la Unidad Popular ha conseguido, de todas formas, en

«Si el pueblo se ha apoderado del Gobierno, le queda aún por conquistar el poder», dijo Salvador Allende en los primeros días de su mandato.







Un año después de su elección, el Gobierno popular se encontraba cogido en una contradicción: dejarse llevar por la presión de las masas o perder la confianza de éstas.

unos meses apenas, recuperar las principales riquezas de base de la economía chilena. No se puede negar la habilidad con que ha desarrollado su acción. No obstante, cuando el nuevo Gobierno ha iniciado, a partir de junio de 1971, la intervención en los sectores económicos vitales, como la construcción, las industrias alimenticias y de vestimenta, la distribución, el comercio exterior, ha chocado con una contraofensiva concretada por la democracia cristiana y el Partido Nacional.

Las primeras medidas adoptadas por el Gobierno popular han afectado sobre todo a los monopolios, nacionales y extranjeros: han recibido la aprobación de los sectores de la burguesía favorables al desarrollo económico del país. Estos no están, por tanto, dispuestos a aceptar el socialismo, en el auténtico sentido del término. Como nos lo declaraba Jaime Castillo, ideólogo de la democracia cristiana: «Si se trata de reorganizar las fuerzas productivas, estamos de acuerdo, y también nosotros somos socialistas. Pero si se trata de nacionalizar todos los medios de producción, consideramos que esto es totalitarismo». Cada paso hacía delante de la Unidad Popular ha llevado a la burguesía a apretar sus filas. Muy divididos en septiembre de 1970, los demócrata-cristianos y la derecha tradicional se han aproximado, intentando buscar un terreno de entendimiento para un eventual relevo del poder.

Los conflictos de interés se han producido también en la Unidad Popular, en la que coexisten partidos marxistas y social-demócratas. Por la naturaleza misma de su composición, la Unidad Popular representa al mismo tiempo los intereses históricos de la

«burguesía avanzada» y los del proletariado, que, ambos, luchan en el seno de la coalición para asegurar su hegemonía. Sus dirigentes han sido llevados así a desempeñar el papel de árbitro entre clases sociales antagónicas y a practicar una especie de «bonapartismo» de izquierda. Por consiguiente, hasta llegar al final de un proceso de maduración bastante largo, el Frente Popular chileno no podrá tomar su forma definitiva: socialismo con dirección del proletariado o capitalismo de Estado con carácter más o menos populista.

### Revolución y reformismo

Un año después de su elección, el Gobierno popular se encontró cogido ya en una contradicción que, de todas formas, no podía eternizarse. Si respondía a una presión cada vez más fuerte de las masas, corría el riesgo de verse arrastrado por un proceso mucho más rápido y radical del que deseaba, desembocando en el paso inmediato al socialismo y provocando la ruptura con el sistema legal existente. La «burguesía avanzada», al ver sus intereses de clase directamente amenazados, podía entonces sentirse tentada a desencadenar el enfrentamiento violento que la Unidad Popular se esforzaba en evitar. Si, por prudencia, la Unidad Popular no movilizaba a las masas y no respondía más que en parte a las reivindicaciones concretas de los obreros, los campesinos y los mineros, corría el riesgo de perder su confianza y su adhesión. En caso de crisis económica, podía temer entonces la pérdida de confianza de las fuerzas populares, más preparadas políticamente

a la penuria, y corría el riesgo de ver su base lanzarse, junto con las clases medias, en brazos de la democracia cristiana.

La Unidad Popular no es en absoluto dueña de la dinámica que ha desencadenado. Un poderoso movimiento de masas se ha desarrollado en Chile desde el 4 de septiembre de 1970, del que no tiene el control absoluto. Y, en definitiva, su porvenir depende de su capacidad para organizarlo y movilizarlo, para intentar vencer por rapidez a una derecha poderosa y decidida. A este respecto, se perdió un tiempo precioso durante los primeros meses de Gobierno popular. Emborrachados por su éxito en las elecciones municipales del 4 de abril, en las que obtuvieron la mayoría absoluta, los partidos de la Unidad Popular saborearon durante demasiado tiempo esta victoria. La brutal ofensiva de la derecha partió en el mes de junio de 1971, y el golpe de Estado relámpago lanzado en septiembre del mismo año por la extrema derecha boliviana contra el Régimen nacionalista de izquierda del general Torres, hicieron sonar bruscamente la señal de alarma. No se trata evidentemente de comparar a los dos países, cuya Historia y estructuras políticas son muy diferentes, sino de aprender la lección de un fracaso. En Bolivia, como en Brasil en 1964, el valor y la voluntad no fueron suficientes a un pueblo desarmado y mal organizado para resistir el asalto de los carros de combate y los aviones de caza.

### Un nuevo socialismo

El peso de sus tradiciones democráticas, la existencia desde

hace mucho tiempo de dos poderosos partidos obreros de inspiración marxista y su llegada al poder por la vía electoral, ¿son suficientes para poner a Chile al amparo de las amenazas que pesan sobre las otras naciones del continente dominado por el imperialismo? En su primer mensaje a la nación, el 21 de mayo de 1971, Salvador Allende lanzó este reto:

«La Rusia de los años diecisiete ha edificado la sociedad socialista estableciendo la dictadura del proletariado. Ha demostrado, y China después de ella, que siguiendo este camino, las naciones muy pobladas pueden rápidamente recuperar su retraso con relación a las sociedades desarrolladas. La situación en que se encuentra hoy día Chile es muy diferente, y, sin embargo, la apuesta es la misma. Estamos ante la necesidad de inventar una nueva forma de construir el socialismo. Nuestra revolución se realizará según un modelo pluralista, del que los ideólogos marxistas habían previsto su existencia, pero que nunca habían visto realizarse. Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a aplicar el segundo modelo de transición al socialismo. Estoy seguro de que tendremos la energía y la capacidad para llevar a su desarrollo a la primera sociedad socialista que conjugue los tres términos liberación, multipartidismo y democracia».

La experiencia chilena, ¿podrá servir de referencia a los intentos europeos de reagrupamiento de la izquierda? Los partidos comunistas del Viejo Continente se sienten muy inclinados a esgrimir el ejemplo de Chile para justificar una estrategia de «toma del poder por los medios pacíficos», implicando alianzas con las formaciones social-demócratas. Ahora bien, la existencia de un partido socialista muy radicalizado fue precisamente el origen de la Unidad Popular, y parece al menos aventurado hablar de «modelo chileno».

Pero, que se gane o no, la «apuesta chilena» permitirá, en todo caso, dar una respuesta a las grandes interrogantes de nuestro tiempo: ¿Se puede realmente construir el socialismo, es decir, cambiar los fundamentos mismos de una sociedad, sin establecer la dictadura del proletariado? ¿Es posible apoderarse del Estado burgués y ponerlo al servicio del pueblo sin desencadenar la violencia de las antiguas clases dominantes? ¿Es posible conquistar el poder del Estado por etapas, o, más exactamente, existe una «transición al socialismo»? ■ C. L. Copyright DOPESA.